

El corralito argentino

1. Manifestaciones en la avenida de Mayo

«El mundo fue y será una porquería, ya lo sé.
En el 510 y en el 2000 también,
que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos.
Contentos y amargaos, valores y doblez.»

ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO,
Cambalache, tango

A Elisa Carrió la llaman la Gorda y Lilita. Los argentinos son amantes de poner apodos a todo el mundo, fijándose muy atentamente en sus características físicas. Carrió quedó segunda en las últimas elecciones presidenciales de octubre de 2007, con un 23% de los votos. Muy lejos del 45% que obtuvo Cristina Fernández, esposa del ex presidente Néstor Kirchner. Carrió ganó solo en una circunscripción, la más rica del país: la ciudad de Buenos Aires. Conozco a gente que votó a Carrió. La prefirieron por encima de Roberto Lavagna, ex ministro de Economía con Kirchner, responsable de las negociaciones con el FMI durante los dos años, 2002-2004, de un país que salía del infierno. Votaron a Carrió los antiperonistas furibundos. Clases medias y medias altas, profesionales y educadas, que pueden ser

demócratacristianas, socialdemócratas, liberales, conservadoras, da igual el adjetivo. Lo importante es lo que no son.

Carrió es la viva imagen de la honradez y la austeridad. La «tietta» encantadora que todos queremos. Una vez coincidí con ella en uno de los almuerzos que habitualmente celebrábamos con los responsables de dirección del diario económico *El Cronista*, donde trabajaba por aquel entonces. Recuerdo aquel almuerzo como si fuera hoy mismo. Carrió, tras acusar las vergüenzas del peronismo y convencernos de que económicamente impulsaría posiciones que facilitarían la creación de empresa y el espíritu emprendedor, derivó hacia temas más delicados. En un momento se elevó tanto que predijo que la segunda venida del Mesías se produciría en Latinoamérica y que desde Latinoamérica el mundo cambiaría a mejor. En aquel momento entendí por qué su otro apodo era la Mística. Un comentario inaudito, incluso a oídos de un creyente. Élla es la oposición.

Bienvenidos a Argentina. Desde el primer día que aterricé en el aeropuerto internacional de Ezeiza en junio de 2001 hasta el último día, a finales de septiembre de 2004, cuando regresé a Barcelona, Argentina se convirtió en una exploración en la que no acababas sacando nada en claro. Una incógnita que se acrecentaba a medida que intentaba leer a sus intelectuales y escritores, o preguntaba y escuchaba para intentar entender. Y es que nadie tenía una respuesta clara y definitiva. Quizás, no existe o hay que buscarla en las geniales letras de los tangos cantados por Julio Sosa y Carlos Gardel. Argentina lo tenía todo para convertirse en el Estados Unidos de Sudamérica a comienzos de siglo xx. Tierra y una cantidad suficiente de inmigración. Existía una estructura social y educativa que daba mil vueltas a la española a mediados de siglo pasado. El peronismo y su ideología autocrática y semifascista, el cruel militarismo, la ineptitud de opciones políticas más clásicas, la desconfianza entre unos y otros y, sobre todo, el afán por querer vivir al día, han acabado por matar a una parte importante de la sociedad. Los argentinos dicen de ellos mismos que viven encima de un péndulo. Pasan de un extremo a otro, sin opción a centrarse. Ésta es su gran pérdida. Es un

país proclive a las euforias más desmedidas, pero a las depresiones más acusadas. «El contraste entre la realidad y la expectativa nos abruma de congoja», escribe el historiador y novelista Marcos Aguinis en *Un país de novela*. Argentina era y es el mejor experimento que podía crearse para un explorador.

Mi llegada a Buenos Aires coincidió con el comienzo del fin de la convertibilidad del dólar y el peso, la divisa local. Le siguió el corralito, un estallido social que provocó una treintena de muertos, dimisión y huida de un presidente, toma del poder por el peronismo, intento de resurrección y fracaso del ex presidente Carlos Menem, ascenso a la presidencia de Néstor Kirchner, profunda recesión, aumento del crimen y la inseguridad y recuperación económica. Dudo que en dos años un país pueda producir tantas emociones. Comí asados de carne, disfruté de las medias lunas –una especie de cruasans–, conocí gente estupenda, viajé a lugares maravillosos, me atracaron a punta de cuchillo a la salida de la Bombonera –campo de fútbol del Boca Juniors– y nos atracaron junto a mi padre como al resto de comensales en un restaurante del barrio de San Telmo en pleno mediodía de domingo; pude adentrarme en las villas miserias, drama nacional; me operaron de una rotura de tibia y peroné, y compartí torre de marfil con expatriados y supuestos ricachones porteños, que miraban a los extranjeros por encima del hombro. A esto le sumo lo más importante: trabajar con un grupo de periodistas fantásticos y ayudar a sacar adelante en plena depresión un proyecto informativo independiente de presiones políticas.

Antes, una recapitulación histórica necesaria para entender qué ocurre en Argentina.

En 1989 fue elegido presidente del país el peronista Carlos Menem, gobernador de la provincia de la Rioja. Sucedió a Raúl Alfonsín, el presidente del partido radical, que reinstauró la democracia tras la dictadura militar. Menem nombró ministro de Economía a un experimentado economista, doctor por la Universidad de Harvard, Domingo Cavallo. Tenía un objetivo: controlar la hiperinflación y sanear las cuentas públicas. El 1 de abril de 1991, Cavallo, bajo la recomendación del FMI, decidió que la

nueva moneda argentina, un peso, equivaliera y tuviera siempre en reserva como garantía un dólar. El país inició un proceso de desinversión y venta de sus empresas públicas que mejoró las cuentas y modernizó todos sus servicios. Se vendió desde el famoso hotel Llao Llao de Bariloche hasta las aerolíneas, ferrocarriles, autopistas, electricidad, telecomunicaciones y la empresa petrolífera. Desapareció la inflación y los argentinos se lanzaron a viajar por el mundo con pesos (dólares) en sus bolsillos. Hicieron famoso el *give me two* («dame dos») por Estados Unidos y Europa. Se hablaba del milagro argentino. Un milagro con pies de barro.

En julio de 1995 compartí el ascensor con Cavallo. Él desconocía quién era yo y si entendía castellano. Acababa de ofrecer un desayuno-conferencia a inversores sobre la situación de la economía argentina, en el edificio de CS First Boston de Nueva York al que me habían invitado como oyente. Latinoamérica sufría los efectos de una pérdida de confianza debido al tequilazo mexicano. «¿Cómo cree que ha entendido esto la prensa?», preguntó a sus asesores con una sonrisa irónica en la que se intuía que ni él mismo creía la mitad de lo que dijo. En aquella época, Carlos Menem ya se paseaba en Ferrari y recibía celebridades. Barrería en las elecciones presidenciales con un 51% de votos. Los años noventa fueron en Argentina los de «pizza con champagne», tal como bautizó la periodista Sylvina Walger en uno de los libros escritos sobre aquella época. Cavallo estaba en la cuerda floja por sus diferencias –fundamentalmente de protagonismo– con Menem, y la apreciación del dólar comenzaba a dañar la producción industrial del país y a sus exportaciones. En aquella conferencia, Cavallo dio cuatro mensajes: no dimitirá, no devaluará, la economía argentina volverá a crecer a tasas del 5% en 1996 y Argentina no tiene nada que ver con México al disponer de suficiente liquidez. Incluso dijo que podría revaluarse el peso. Objetivo: no necesitaba más créditos del FMI. Cavallo dimitió al cabo de un año y Argentina solo volvió a crecer más del 5% tras salir del infierno. No acertó ningún pronóstico.

En las elecciones presidenciales de 1999, Menem ya no se pudo presentar. Los escándalos de corrupción, el aumento de la deuda externa,

la reducción de las reservas, una economía en recesión, un desempleo del 15% hacían mella. La crisis de confianza en los países emergentes de Asia, que pasaron su propia crisis en 1998, rebotó en Argentina, que no exportaba al no ser sus productos competitivos. Nadie se planteaba entonces devaluar la moneda. La victoria fue para una coalición de partidos. Un batiburrillo antiperonista, bautizado como la Alianza y liderado por el alcalde de Buenos Aires, Fernando de la Rúa. Ganó las elecciones con un 48,5% de los votos frente al 38,8% del candidato peronista Eduardo Duhalde y el 10% que obtuvo Domingo Cavallo.

De la Rúa se reunió de un equipo de tecnócratas, académicos y políticos moderados y de consenso. Contra todo pronóstico, fracasaron. Un ligero aumento de impuestos para mejorar las finanzas públicas añadió más leña al fuego. La fiesta ya se había terminado. Se sucedieron las dimisiones en el gobierno y la falta de mando y liderazgo de De la Rúa. Nik, el sagaz y divertido dibujante del diario *La Nación*, presentaba a De la Rúa siempre dormido. Así era. Su imagen, su rostro siempre cariacontecido y tristón agravó la situación.

A partir de marzo de 2001 empezaron a detectarse fugas de depósitos. De la Rúa, por sorpresa, le pide a Domingo Cavallo que asuma el ministerio de Economía. Era el último intento de salvación. Cavallo se saca de la chistera un «megacanje», que consistía en refinanciar la deuda con los organismos internacionales, aparcando los vencimientos unos cuantos años. Cavallo, en una entrevista concedida a *Expansión*, en octubre de 2002, confesó que Argentina en 1997 tenía que haber salido del cambio fijo y dejar que la divisa flotara ligeramente. Si no lo hizo fue por razones políticas que Carlos Menem no quiso reconocer. El ex ministro asumió su culpa y la de su «patria»: «El 95% de la responsabilidad de lo que pasó en Argentina es responsabilidad de los argentinos y si alguna responsabilidad tiene el FMI, no es superior al 5%».

Este fue el panorama que me encontré en mi primer «argentina-je». Recoletos, la empresa en la que trabajaba había comprado el diario *El Cronista* y otras publicaciones, como la revista *Apertura*. Desde 2000, un equipo de profesionales había desembarcado en Buenos Aires en un

proyecto complicado y muy atractivo. La participación directa de Jesús Martínez de Rioja, director de *Expansión*; Gracia Cardador, que llegó a ser directora de *Actualidad Económica*; y de Mayte Alonso, hoy redactora jefe de *Expansión*, entre muchos otros, reafirmaron un proyecto que tuvo más adelante en María Sánchez Laso, como directora del periódico, su gran piloto en medio de una crisis espeluznante e inesperada.

Fui el penúltimo explorador en desembarcar allí. Desde mi primer aterrizaje, en junio de 2001, comprendí por primera vez qué es un país en profunda recesión. Primero, los precios. Un café con leche –tres pesos, que equivalían a otros tantos dólares–, los alimentos de primera necesidad y las carreras en taxi. En aquel momento aprendí que la fórmula del café es la mejor para saber si un país vive por encima de sus posibilidades. Segundo: observar los centros comerciales y las tiendas de las calles más concurridas. Nadie compraba nada. Los carteles de traspaso de local, de liquidación y de cierre eran muy abundantes. Solo los restaurantes, como el Grant de la calle General Las Heras, que ofrecían bufé libre por veinte pesos por barba estaban llenos. La peatonal calle Florida, por la que pasaba para ir andando al trabajo por la mañana hasta la avenida de Mayo, era la viva imagen de la riqueza empobrecida.

En la famosa avenida de Mayo no pasaba día sin que no hubieran manifestaciones y algaradas. Gracias a los compañeros de la revista *Apertura*, que tenía allí su sede, empezando por Tristán Rodríguez Loredo, su director en aquel momento, empecé a entender ese mundo. Se sucedía la quema de banderas españolas. Al haber un número de empresas argentinas que tenían a compañías españolas como principales accionistas, ya se puede imaginar cuál era uno de los chivos expiatorios. Evito siempre poner el manido ejemplo de los taxistas. Pero, como con el tiempo, acabé usando mucho este transporte, cuento un caso. Si les das la oportunidad, los taxistas en Buenos Aires –había 40.000 coches con licencia– son capaces de plantear teorías económicas o de argumentarte las razones de la expoliación nacional realizada en tiempos de Menem por la venta de las principales empresas a accionistas extranjeros. El expoliador más insultado era España. Intentar mantener una conversación

fue uno de mis primeros errores. A la cuarta frase siempre preguntaban de dónde era. Harto de que cada vez que respondía la verdad, me dieran una conferencia no solicitada, económica, antiespañola o futbolera, acabé respondiendo que era de Noruega o de Liechtenstein. Era la forma de hacerme el «sueco» y pretender saber muy poco español.

Mi última estancia en Buenos Aires, en 2001, coincidió con la declaración del corralito financiero. Su principal medida: la prohibición a los ciudadanos de retirar más de 250 pesos/dólares a la semana del total de sus cuentas en cada entidad financiera. Se restringían las operaciones bancarias con el exterior y, para uso común, solo podía utilizarse la tarjeta de débito para operaciones comerciales habituales. Las clases medias se echaron a la calle bajo un lema: «Que se vayan todos». Empezaron las protestas, inicialmente pacíficas, con cacerolazos, que acabaron convirtiéndose en violentas, con más de treinta muertos. Dimitió Cavallo y siguió De la Rúa el 21 de diciembre. En manos de las decisiones y el nerviosismo del Congreso, los diputados peronistas tomaron el control. El país tuvo cuatro presidentes de urgencia hasta el 3 de enero, fecha en que Eduardo Duhalde asumió la presidencia. Uno de los cuatro presidentes de transición que tuvo Argentina aquellos doce días, Adolfo Rodríguez Súa había anunciado la suspensión de pagos. En aquel momento, Argentina tenía 150.000 millones en deudas repartidas por el mundo, cifra que curiosamente equivalía al dinero expatriado de los ciudadanos argentinos.

Argentina se hundía aquel diciembre trágico. En una sucursal bancaria de la plaza Camp d'en Prats, Palafrugell (Girona), a las 0.05 minutos del 1 de enero de 2002 sacaba mis primeros billetes de euro. Eso sí fue una muy buena noticia. Suerte del euro. ¿O no?

2. Torres de expatriados. «A ustedes también les explotará la burbuja»

«El ladrón es hoy decente,
y a la fuerza se ha hecho gente,
ya no tiene a quien robar...
y el honrao se ha vuelto chorro
porque en su fiebre de ahorro
el se afana por guardar
al mundo le falta un tornillo.
Que venga un mecánico
pa' ver si lo puede arreglar.»

ENRIQUE CADÍMACO,

Al mundo le falta un tornillo, tango

- «Vos no sos de acá...»
- «No, español o gallego, como dicen ustedes.»
- «Ah, claro, ahora con los euros...»

Fue otro encuentro en el ascensor. Pero no ocurrió con un Peter Jennings argentino. Fue en el edificio donde nos instalamos en Buenos Aires, en la calle Ortiz de Ocampo, cerca del parque Las Heras. Altura 22, con excelentes vistas al norte de la ciudad. Al cabo de un tiempo y tras varios encuentros más, el interlocutor me explicó que fue tenista en los años setenta. Pero, en aquel primer encuentro, me dio un repaso de arriba abajo y su pregunta, con un tono irónico y ligeramente despectivo, me llamó la atención.

En otra ocasión, en uno de estos largos almuerzos de asado y buen vino mendocino, la conversación daba un giro inesperado. «Sabés, en España andan muy eufóricos con el euro, el aumento de los precios de los bienes raíces –así le llaman allí a la inversión inmobiliaria– y el crecimiento. Pero, a ustedes también les explotará la burbuja», comentaba un economista de la *city* porteña. Por *city*, aclaro, los argentinos se seguían refiriendo a una pequeña zona

en medio de Buenos Aires, donde se concentran la mayor parte de las sedes de las entidades financieras, principales empresas y edificios del gobierno.

Han pasado cinco años desde entonces y estos meses he recordado esta frase en más de una ocasión. Como otra, muy habitual: «España ha tenido suerte de vecinos. De estar en Europa». Comentarios que intentaba despejar a córner limitándome a contar el esfuerzo conjunto de la gran mayoría de la sociedad española en los últimos treinta años.

Pensaba en el infortunio de aquellos argentinos que habían visto que sus ahorros se habían devaluado a lo largo de 2002. Una de las primeras decisiones que tomó Eduardo Duhalde bajo la recomendación de su ministro de Economía, Roberto Lavagna, fue la de facilitar la convertibilidad del peso argentino: la pesificación absoluta de la economía. Un dólar pasaba a equivaler tres pesos. Un euro eran cuatro pesos. El café con leche pasó a valer 75 céntimos y dos personas podían cenar en los mejores restaurantes por menos de 30 euros. Viajar por Argentina, aunque con el riesgo de sufrir las continuas huelgas de Aolíneas Argentinas, se convirtió en un chollo. De un extremo se pasó al otro.

La devaluación fue la única manera de intentar aliviar la balanza comercial con el exterior. Un pequeño empujón a las exportaciones y al consumo de producto hecho en Argentina. Comprar fuera era imposible. Los productos que sacaron a Argentina del pozo fueron los agrarios. El sector agrícola representaba una tercera parte de la economía nacional, que de 1998 a 2002 había visto como su PIB caía un 20%, un 8,5% en el último trimestre de 2001. La cuarta mayor depresión en la historia contemporánea de un país en el siglo xx. De haber tenido un PIB, en dólares, que llegó a representar un 80% del español y que situó a Argentina entre los primeros veinte países económicamente más potentes del mundo, pasó a situarse en la posición cuarenta del *ranking* mundial. En muy pocos meses, un millón de argentinos de clase media engrosaron las capas pobres de la sociedad. Duhalde declaró en su primer mes como presidente que «todo está corroído» y que el peligro real eran la anarquía y el caos. A pesar de representar el caciquismo peronista más rancio, la historia recordará a Duhalde en su sitio: evitó lo peor. Sabía que un país tiene una ventaja respecto a una empresa.

Puede quebrar y seguir existiendo. Buenos Aires, la Patagonia, Iguazú, Tierra del Fuego, los glaciares, Bariloche y las maravillosas provincias del noroeste de Salta y Jujuy seguirían allí.

Los argentinos ricos dejaron sus coches último modelo en las playas (garajes) de sus casas y sacaron a la calle automóviles de los años ochenta. Cualquier signo de riqueza era mal visto. La inseguridad, además, empezaba a ser un grave problema. Muchos dejaron de viajar al extranjero y aprovecharon para descubrir su país. Algunos, incluso, recuperaron viejas tradiciones de irse a pasar el verano a las playas de Cariló, Pinamar y Mar del Plata. En 2002 y 2003 quienes iban a Punta del Este, Uruguay, o a la costa de Brasil, lo decían con la boca pequeña. Por aquello del qué dirán.

Buenos Aires envejeció quince años aquel 2002. Una pena para una ciudad tan parecida a las nuestras. No había dinero para nada. Salvo por algunos jardines, que seguían mantenidos por empresas privadas, y los formidables parques de Palermo, se hundía en el gris más triste y miserable. Era desolador ver a familias enteras, llegadas del extrarradio, escarbar por entre las basuras para reciclar. Los llamaban cirujas. Visité Buenos Aires un par de veces antes de decidir mudarnos definitivamente allí en noviembre de 2002, mientras pasaba una temporada en Lisboa, una ciudad que de tan melancólica nunca padecerá burbujas. Noviembre es el mejor mes. Florecen los jacarandás por toda la ciudad. Preciosos árboles de flores de color violeta, que cubren con un manto las calles tras su caída.

Qué contradicción. Mientras para poder obtener el visado y vivir en Argentina tuvimos que hacernos las pruebas del sida, presentar justificantes de que no teníamos antecedentes penales, infinitos procedimientos burocráticos en el consulado de Argentina en Madrid; en los consulados de Buenos Aires de Italia y España las colas de jóvenes argentinos en busca de su visado correspondiente para emigrar a Europa al ser nietos e hijos de europeos, eran interminables. Argentina, aquel año, perdió a una generación harta de vivir en un lugar el que no parecía haber futuro para el esfuerzo y la meritocracia.

Los expatriados éramos los clientes ideales para cualquier inmobiliaria. ¡Olámos a euros! Algunas incluso nos recomendaron comprar un

piso como inversión. Recuerdo el precio de apartamentos de 130 metros cuadrados en los barrios de la Recoleta y Palermo que no pasaban de los 250.000 euros, un millón de sus pesos. Pero es que un año antes valían eso: un millón de euros. Como no tenía 250.000 euros ni ganas de meterme en una hipoteca internacional, que algún español expatriado me recomendó, decidimos alquilar. Vimos pisos sobre la avenida Libertador, desde donde se veía el puerto, la estación de tren de El Retiro y la famosa Villa 31. Un barrio de chabolas, de quince hectáreas de superficie y 40.000 personas, que ningún gobierno municipal ha sido capaz de arreglar. Imagine un barrio parecido al lado del paseo de la Castellana o de la Diagonal. También vimos otro piso con fantásticas vistas sobre el Cementerio de la Recoleta (me enteré que ver panteones estaba muy cotizado); y apartamentos gigantes con cocinas del siglo XIX en el barrio de Palermo.

Al poco de instalarnos definitivamente en nuestro nuevo piso de dos dormitorios, en el edificio de enfrente se produjo un asesinato por robo. Nos alegramos de haber elegido vivir en un edificio con seguridad durante veinticuatro horas. Me contaron que en el parking siempre había un lugar especial vigilado por una cámara de vigilancia escondida. Era un lugar al que debían dirigirse aquellos conductores que habían sufrido un secuestro exprés para así poder avisar a la portería. En Buenos Aires, sobre todo en las zonas residenciales de los barrios de la periferia norte (San Isidro, Martínez, Tigre) se estaba prodigando este tipo de crímenes. Nunca quisimos conducir por la ciudad. Iba al trabajo en taxi o en colectivo (autobús) que me dejaba en paseo Colón y que, en muchas ocasiones, era más seguro que soportar la conducción suicida o la cháchara del taxista de turno. Gracias a la devaluación, una carrera de media hora, que era lo que costaba llegar al «laburo» en medio de los atascos, costaba dos euros al cambio.

Entrado el año 2003, Argentina iniciaba un intenso proceso preelectoral. El PIB había caído un 10,9% en 2002 y un 54% de la población era considerada oficialmente pobre. Las manifestaciones, huelgas y cacerolazos eran habituales en el invierno austral. La muerte de dos manifestantes piqueteros por la policía en julio de 2002 en el municipio de Avellaneda obligó a Duhalde a adelantar las elecciones presidenciales al 27 de abril de 2003. Él

decide no presentarse. El piqueterismo es un fenómeno eminentemente argentino, con el que te acostumbras a convivir, dado que su afición favorita es cortar calles y las rutas principales de acceso a la ciudad están divididas en múltiples facciones. En teoría son organizaciones de desocupados, financiados por diversos políticos de izquierda y sindicalistas, incluyendo sectores del peronismo, al que se agregan grupúsculos violentos.

En el caos, surge un fantasma. Reapareció en el horizonte: Carlos Menem. El ex presidente, casado con una ex *miss* chilena, Cecilia Bolocco, quería «salvar» el país. Gracias a los contactos de la directora de *El Cronista*, María Sánchez Laso con Jorge Castro, asesor de política internacional de Menem y ex miembro de su gabinete, logramos que nos recibiera. Una experiencia sacada de la película *El Padrino*.

Menem visitaba en el entresuelo del Hotel Presidente de la avenida 9 de julio. Un establecimiento venido a menos, con suelos enmoquetados y lleno de dorados por todos lados. Esperamos en un salón desde el cual se podía ver una antesala en la que entraban y salían personajes con trajes brillantes y oscuros, solapas grandes, pelo engominado, rostros tirando a cetrinos, murmullos y nerviosismo. Alguno iba con gafas oscuras. La luz de los aposentos era tenue. Nos llaman. «El presidente Menem les espera», alguien comentó. Entramos en un generoso y amplio salón. Sus acompañantes se alejaron a un discreto segundo plano, excepto nuestro intermediario, Jorge Castro.

Tras la mesa se levantó a saludarnos un personaje casi de ficción, de estatura casi diminuta, con un cabezón desproporcionado a un cuerpo ya enjuto, su rostro había padecido la cirugía estética en más de una ocasión. Sonreía continuamente, como el *joker* de Batman. Pero sus ojos brillaban, vivos e inteligentes. Ese hombre, tan artificial, sonreía con la mirada. Un auténtico seductor que controlaba, como en pocas personas he escuchado, el mensaje y la conversación. Tenía una capacidad extraordinaria de empatía. Pese a su peculiar aspecto, caía simpático y transmitía poder. Mucho poder. Un lobo con piel de cordero. Ni Marlon Brando lo podría interpretar mejor.

Menem preguntó mucho y respondió más. Él presentaba unos datos frente a los que nadie podía rechistar nada. Cuando se fue de la pre-

sidencia en 1999, el Banco Central de Argentina tenía 34.000 millones de dólares en reservas y hoy tiene 14.000 y cayendo. El PIB creció un 60% en diez años y desde que se fue la economía entró en depresión. Antes, los argentinos podían viajar por el mundo, sentirse orgullosos de ser un país de primera. Ahora, ya no. Mis compañeros argentinos que habían asistido a la reunión salieron encantados. Aunque nunca me lo confesaron directamente, estoy seguro de que creían que Menem era el único mesías en el que podían confiar.

Poco después, cayó en mis manos el libro *La Buenos Aires ajena*, un recopilatorio del novelista Jorge Fondebrider. Cuenta como Madonna, mientras filmaba el musical *Evita*, fue recibida por Carlos Menem en 1996 en una hacienda de la zona del Delta del Tigre. Explica la cantante: «El presidente estaba rodeado de hombres de aspecto sospechoso. Observé que dos hombres seguían a Menem desde fuera, atendiendo a todas sus necesidades. Parecían estar totalmente enamorados del presidente. Tenían unos peinados horribles y me miraban desconfiados». Más adelante, Madonna lo describe como un caballero seductor que no paraba de mirarlo de arriba abajo, sobre todo, su escote.

Fue una campaña electoral durísima, donde se enfrentaron entre sí diversas facciones del peronismo, que dialécticamente revivieron la guerra incivil que les enfrentó en la primera mitad de los años setenta y envió al país al terror militar. Carlos Menem ganó la primera vuelta de las elecciones presidenciales con un 24% de los votos. En segundo lugar quedó Néstor Kirchner, con el 22%. Kirchner, apodado «El pingüino», era gobernador de la provincia de Santa Cruz y recibió el apoyo de Duhalde. Representaba el ala izquierdista del peronismo, con profundos toques autoritarios. En Santa Cruz se encuentran los famosos glaciares argentinos, entre los que destaca el Perito Moreno. De visita a Calafate, lugar de partida de las excursiones por aquella área, preguntar por Kirchner era mentar a un ser superior. Gracias a él había pista de aterrizaje en esta población y se había desarrollado una mínima industria turística que tenía en los hoteles Los Notros (el más caro de Argentina, solo apto para huéspedes con divisas) y en Los Álamos sus dos enseñas. El propio Kirchner, bien conocido por sus negocios inmobili-

liarios, se estaba construyendo un chalé en esa población. Hablando de la influencia de K –como muy pronto lo bautizaron– en su tierra, una persona de absoluta confianza me contó que en una ocasión había intentado comprar terrenos que, supuestamente, estaban a la venta en esa zona. Tras llamar a la inmobiliaria le pidieron que debía pedir permiso al gobierno de Santa Cruz.

Tras Kirchner, quedó en tercer lugar Ricardo López Murphy, apodado «Bulldog», ex ministro con De la Rúa, votado por las clases medias y altas. Su programa podría ser firmado por cualquier partido liberal conservador europeo. Su desgracia es que en el gobierno De la Rúa solo duró catorce días como ministro. Y a los argentinos les gusta gente con capacidad de sufrimiento. Otro peronista, el presidente de la suspensión de pagos, Adolfo Rodríguez Súa, obtuvo el 14% con un programa neopopulista latinoamericano. Elisa Carrió, preferida entonces por las clases medias porteñas de izquierda, lograba otro 14%. Votó cerca de un 80% del censo. Ante este complejo panorama, Menem decidió no presentarse en la segunda vuelta frente a Kirchner. Consideró sus resultados un fracaso que le impedirían ganar. Todas las encuestas le daban perdedor con menos del 35% de los votos.

¿Por qué perdió Menem? Los argentinos –aquellos que no lo votaron, por supuesto– consideraban que sus políticas fueron las causantes de la depresión. Menem hizo creer a los argentinos que eran mucho más ricos de lo que realmente eran. Los casos de corrupción y los escándalos tampoco le favorecieron. En los años noventa salieron a correr un maratón como si estuvieran corriendo 10.000 metros. El primer otero lo superaron con dificultad y con agujetas; pero a la segunda pendiente, se hundieron. Ya era demasiado tarde cuando quisieron darles agua mineralizada para recuperarse. El cuerpo estaba totalmente desnutrido y agotado.

Con un 22% de los votos directos, Kirchner gobernó Argentina como si hubiera obtenido el 100% del favor del electorado. Procedente del sur del país, no era un personaje agradable. Todo lo contrario. Frío y duro como un témpano de glaciario de su tierra. Gobernó el país con mano dura –quizás la única forma de gobernar el infierno– y se enfrentó en repetidas ocasiones a las empresas extranjeras que habían invertido en Argentina. Daba igual

el sector. El gobierno argentino era especialista en acusar a las empresas eléctricas o de tratamiento de aguas de sabotear sus propias instalaciones para exigir aumentos de tarifas. Se decretó el control de precios y se usaron a grupos de presión radicales para mantener esta tensión. El diario *El Cronista*, solo por ser de capital español, era visto y tratado con sospecha. Desde reuniones abortadas a última hora en la Casa Rosada, donde múltiples asistentes de gobierno nos marearon haciéndonos pasar de una sala a otra a la espera de que viniera el jefe de gabinete, que nunca se presentó; hasta veladas amenazas a periodistas.

Kirchner se rodeó de fieles «sí señor presidente». Su mejor decisión fue mantener como ministro de Economía a Roberto Lavagna, cuya experiencia internacional y estilo lo hacía presentable para negociar con el FMI y los bonistas extranjeros, que tenían en sus manos algunos de los 52 títulos de deuda soberana argentina emitida en los últimos años. Al lado de Kirchner, siempre su esposa Cristina Fernández, hoy presidenta.

Argentina cayó al infierno y ya no podía escarbar más. Los acreedores e inversores extranjeros tuvieron que aguantarse ante la suspensión de pagos y la oferta argentina de pagar solo un 25% del precio de los bonos. Además, el gobierno argentino aseguraba que estas deudas eran una herencia del pasado y que mal hicieron los prestamistas por fiarse. Lavagna, a diferencia de Cavallo, no dudaba en echar la culpa de lo ocurrido a los de fuera: «La situación argentina es compleja de administrar, entre otras cosas, porque muchas instituciones han apoyado un modelo que claramente iba al colapso». El FMI era un «pecador moral». Ya le pueden enviar al cobrador del frac a su casa, que se irá con el frac entre las piernas y no tendrá más remedio que aceptar que quien tiene la sartén por el mango es usted. Argentina, quebrada, fuera del sistema, un paria en la escena económica internacional, empezó a crecer.

Desde un periódico es muy fácil observar algunas mejoras. Además, te das cuenta de que el tiempo pasa excesivamente rápido. Al lado de todas las noticias sobre la crisis y las interminables y soporíferas negociaciones con el FMI, despertaban las buenas noticias de los negocios agrícolas –la soja se convertiría en el petróleo argentino– y algunos pro-

yectos de inversión por parte de arriesgados emprendedores. Los bancos, tras el alzamiento del corralito comenzaban a mover tímidamente sus áreas comerciales. Argentina se convirtió en un buen destino turístico gracias a los precios. Lástima que la picaresca argentina siempre buscaba fórmulas para cargar más dinero al no residente: le cobraba en dólares y no en pesos.

Muy lentamente volvieron a reverdecer los restaurantes y los locales y las tiendas de moda. Las zonas de paseo de Puerto Madero, las calles y plazuelas de Recoleta, los barrios y parques de Palermo y Belgrano, iban recobrándose. Los centros comerciales como Alto Palermo y Abasto, las salas de cine y las librerías; sobre todo esta maravilla universal llamada «El Ateneo», en la calle Santa Fe, recuperaban clientes. Resurgió la producción de películas y el teatro.

Volvía la publicidad a la prensa, aunque tímidamente. Sobre todo del sector de consumo de lujo, telecomunicaciones y autos. Los bancos empezaban muy tímidamente a volver a anunciar sus servicios destinados a pequeñas y medianas empresas. Los precios de la vivienda subían, sobre todo de aquella de nivel alto dirigida a argentinos con poder adquisitivo. La inflación también se despertaba. Nunca hubo cifras para confirmarlo, pero muchos argentinos que habían tenido sus dólares bien guardados en paraísos fiscales en el extranjero, seguro que decidieron repatriar una parte. Todo suma, dicen los porteños. En 2003 y 2004 buena falta hacía.

Descubrí que el argentino tiene una cualidad innata para saber reanimarse y ver el lado positivo de la vida, aunque el mundo esté hundándose a su alrededor y campe la inseguridad y la violencia. Observé, en medio de la penuria, la buena voluntad de muchas personas que dedicaban parte de su esfuerzo en ayudar a los más necesitados. Solo cuando sales de la burbuja del centro de la gran ciudad y te adentras en un barrio de chabolas y miseria te das cuenta de las penurias reales del país. Lo comprobé en el extrarradio de Buenos Aires, al lado del esqueleto de un hospital gigantesco que nunca se terminó de construir, donde el periódico ayudaba a construir una pequeña casa de ladrillo para que

hiciera de guardería, y compraba leche para los cientos de niños que malvivían entre la pobreza.

Más difícil de entender es la exaltación, producto de la herencia política y social, que siente una parte importante de la sociedad argentina por una serie de figurones de la actualidad. Uno es Fidel Castro. El otro es Maradona.

El dictador cubano «largó» un discurso de cuatro horas –¿o fueron seis?– en las escalinatas de la facultad de Derecho de Buenos Aires. Pasé al lado del lugar, de regreso a casa. Parecía que había una estrella del pop. Era el 26 de mayo de 2003. Castro fue recibido como un héroe por Kirchner, que acababa de ser investido presidente. La democracia argentina puede sentirse tranquila, al menos por el momento, de que Kirchner no haya querido reproducir el chavismo castrista venezolano en el país. Aun pesaba más el espejo de la presidencia de Lula en Brasil, que sin embargo seguía siendo mucho más respetuoso frente a las libertades públicas y de expresión que el kirchnerismo. Todos los esfuerzos de Kirchner para amordazar a la prensa «no leal» con su poder fracasaron. La dignidad de los dos grandes diarios del país, *La Nación* y *Clarín* fue ejemplar más allá de sus distintas posiciones ideológicas.

Durante un periodo de tiempo pasé por delante de la Clínica Suiza Argentina, en la calle Pueyrredón, intersección con Santa Fe, de Buenos Aires. Yo iba camino de la fisioterapia para recuperarme de un tobillo que me rompí de la forma más torpe posible: jugando a tenis en una pista dura. Abro paréntesis: la operación salió estupendamente en la sede de la clínica de la compañía aseguradora Medicus. Pero el doctor Claudio Sapoznyck ya me avisó que por motivos de presupuesto no me podían poner clavos de titanio ya que eran de exportación y costaban demasiada «plata» para la clínica. En su lugar, me pusieron siete clavos de acero regulares, de «industria nacional», como me destacó, que me acabé sacando al cabo de año y medio.

Coincidió mi recuperación con la hospitalización en esa clínica del argentino más popular del mundo: Diego Armando Maradona. Hace unos meses, Maradona estuvo visitando el Camp Nou para ver un parti-

do entre el FC Barcelona y el Mallorca. Se dio los dos besos argentinos en las mejillas (herencia italiana, por cierto) con Johann Cruyff y con Joan Laporta, presidente del Barça. Han pasado casi cinco años de su internamiento, en el que estuvo a punto de morir, por drogadicción y solo los doctores saben de qué más. Decenas de personas se reunían frente a ese hospital, con pancartas y carteles religiosos a favor del que ha sido reconocido como uno de los mejores futbolistas de la historia. Ver a su ídolo caído representaba incomprensible, pero todo el mundo se lo perdonaba. Quizás, una de las tragedias de Argentina es que alguien que pudo haber sido un modelo social y de comportamiento para toda la juventud, nunca lo haya logrado. Esperemos que en su nueva vida como seleccionador de Argentina se regenere.

Abandonamos Argentina y Buenos Aires en octubre de 2004, antes de que se consolidara la recuperación del país en 2005, 2006 y 2007, años en que el PIB aumentó a tasas del 9,2%, 8,5% y 8,7%, con una inflación en el 10%, que empezaba a perjudicar a las exportaciones. Argentina, después de devolver 10.000 millones de deuda al FMI sigue esperando su entrada en los mercados internacionales ya que aún tiene litigios por 20.000 millones realizados por asociaciones de bonistas internacionales. Las reservas internacionales, según el Banco Central de Argentina, ya llegan a los 46.000 millones de dólares frente a los 10.000 millones de comienzos de 2003. Cristina Fernández, esposa de Néstor Kirchner, fue elegida presidenta con el 45,25% de los votos. Entre sus primeras decisiones han sido el aumento de los impuestos a los exportadores agrícolas, los mayores controles en los precios y la nacionalización de los fondos de pensiones privados. Empresarialmente, sigue empeñada en reconvertir en empresas de propiedad nacional a todas aquellas que fueron vendidas al exterior en la década de los noventa. En definitiva, más proteccionismo, más intervencionismo y más nacionalismo. El partido justicialista (peronista) y sus satélites mantenían el poder en buena parte del país excepto en la ciudad de Buenos Aires, cuyo alcalde es Mauricio Macri, presidente del Boca Juniors, hijo de Franco Macri, uno de los empresarios que más prosperaron durante la presidencia de Carlos Menem.

De Argentina me llegan trompetas de temor. Piensan que el péndulo está a punto de girar y que los crecimientos de estos años han sido producto de la inercia de haber caído tan bajo en los años previos. Las previsiones económicas para 2009, tras haber caído a un 6% del crecimiento en 2008, hablan de un 2,6%. Para un país aún emergente, que no pinta nada en el panorama del comercio mundial, en medio de un mundo complicado y cada vez más interrelacionado, las noticias no son buenas.

